sí mismas, sino como instrumentos de la acción divina, que puede comunicar, y a menudo comunica, sus gracias a los sencillos a través de cosas que parecen opuestas al fin que tal acción se propone. Ilumina mediante el lodo como por la materia más sutil, y el instrumento de que quiera servirse siempre es eficaz. Todo le es igual. La fe cree siempre que nada le falta: no se queja jamás de la privación de los medios que ella cree útiles para su progreso, porque el divino operario que los maneja suple eficazmente por su Voluntad. Esta voluntad santa constituye toda la virtud de las criaturas.

Capítulo III

Las desolaciones que Dios hace experimentar a esta alma no son sino amorosos artificios de los que ella se alegrará un dia

Las almas que caminan en la luz cantan cánticos de luz; las que caminan en las tinieblas cantan el cántico de las tinieblas. Hay que dejar cantar a unas y otras, hasta el final, la parte y el motete que Dios les da. No hay que poner nada en lo que Él llena; hay que dejar correr todas las gotas de esa hiel de las divinas amarguras, aunque nos embriaguen. Así lo hacían Jeremías y Ezequiel: todas sus palabras no eran sino

suspiros y gemidos, y la consolación nunca se encontraba sino a continuación de sus lamentaciones. Quien hubiera detenido el curso de sus lágrimas nos hubiera privado de los más bellos pasajes de la Escritura. El espíritu que trae la desolación es el único que puede consolar; esas diferentes aguas brotan de la misma fuente.

Cuando Dios asombra a un alma, preciso es que ella tiemble; cuando la amenaza, ella se espanta; sólo resta dejar que se desarrolle la acción divina; pues ella contiene en toda su amplitud el mal y el remedio. Llorad, queridas almas; temblad, permaneced en la inquietud y en la agonía; no hagáis esfuerzo para cambiar esos divinos temores, esos celestiales gemidos. Recibid en el fondo de vuestro ser esos arroyuelos de los que Jesucristo ha llevado el mar en su santa alma. Seguir siempre adelante, sembrando lágrimas, mientras el soplo de la gracia las haga correr; insensiblemente, ese mismo soplo las hará secar. Las nubes se disiparán, el sol derramará su luz, la primavera os cubrirá de flores; y la perseverancia en vuestro abandono os hará encontrar la admirable variedad que implica la acción divina en toda su extensión.

En verdad, el hombre se turba absolutamente en vano. Todo lo que en él pasa es semejante a un sueño. Una sombra sigue a otra y la destruye. Las imaginaciones se suceden en aquellos que duermen: unas afligen, otras consuelan. El alma es juguete de estas apariencias, que se devoran las unas a las otras, y el despertar hace ver que todas eran igualmente vanas. El

despertar disipa todas las impresiones, y ya no se hace caso ni de los peligros ni de las dichas del sueño.

Señor ¿no podría yo decir que tienes dormidos en tu regazo a todos tus hijos, durante toda la noche de la fe, y que te diviertes en hacer pasar por sus almas una infinidad variedad de sentimientos, que en el fondo no son otra cosa que santos y misteriosos sueños? En ese estado en que los ponen la noche y el sueño, experimentan en sí mismos verdaderosy dolorosos temores, angustias y molestias, que Tú disiparás y convertirás, en el día de la gloria, en verdaderas y sólidas alegrías.

Es a partir del momento de este despertar cuando las almas santas, vueltas en sí y en plena libertad para juzgar, no podrán dejar de admirar los arbitrios, las invenciones, las finezas y los amorosos engaños del Esposo. Comprenderán entonces cuán impenetrables son sus caminos, cuán imposible era adivinar sus enigmas, sorprenderlo en sus disfraces, o admitir alguna consolación cuando Él quería infundir el temor o la alarma. En este despertar, los Jeremías y los David verán que aquello que era para Dios y los ángeles un motivo de alegría los había desolado inconsolablemente.

No despertéis a la esposa, espíritus fuertes, industrias y acciones humanas; dejadla gemir, temblar, correr, buscar. Es verdad que el Esposo la despista, disfrazándose: ella sueña, y sus penas no son sino penas de la noche y el sueño; pero dejadla dormir;

dejar que el Esposo trabaje en esa alma amada y represente en ella lo que sólo Él sabe pintar y expresar; dejadlo llevar adelante este juego de apariencias; ya la despertará a su debido tiempo. José hace llorar a Benjamín: ¡siervo de José, no reveles su secreto a ese hermano querido! José lo engaña, y toda la sagacidad y el esfuerzo de Benjamín no podrán superar ese engaño. Benjamín y sus hermanos están sumido sen un dolor irremediable. No es sino un juego de José, pero sus pobres hermanos no ven ahí otra cosa que un mal remedio. No digáis nada, que él pondrá remedio a todo; él mismo los despertará, y ellos admirarán su sabiduría para hacer ver tantos males y motivos de desesperación en el más real motivo de alegría que jamás hubo para ellos en el mundo.

Capítulo IV

Dios da con tanta mayor generosidad al alma que se abandona a Él, cuanto más parece despojarla

Pero sigamos avanzando en el conocimiento de la acción divina y de sus amorosos engaños. Lo que ella quita a ojos vistas a la buena voluntad, eso mismo se lo da, por así decirlo, de incógnito. Jamás le deja faltar nada; es como alguien que sostuviera a un amigo mediante generosidades que deja saber que proceden de él, pero que en otro momento, y por el bien de ese mismo amigo, aparentando no querer obligarlo más en su gratitud, no dejara empero siempre de ayudarlo lo mismo, aunque sin darse a conocer. El amigo, que no sospecharía este ardid y este misterio de amor, se sentiría picado porque su amigo le suprimió la ayuda. ¡Cuántas reflexiones!, ¡Cuántas cavilaciones acerca de la conducta de su bienhechor! Pero si luego el misterio comenzara a desvelarse, sólo Dios sabe los sentimientos diversos que se elevarían al mismo tiempo en su alma: sentimientos de alegría, de ternura, de gratitud, de amor, de confusión, de admiración por su amigo? ¿Y esta prueba no lo habría confirmado en su adhesión a él, haciéndolo al mismo tiempo más prevenido contra equívocos semejantes?

La aplicación es fácil: cuanto más parece uno perder con Dios, más gana; cuanto más nos quita Dios en lo natural, más nos da en lo sobrenatural. Se lo

amaba un poco por sus dones; cuando ya no se perciben esos dones, venimos por fin a no amarlo sino por Él mismo. Por la aparente sustracción de los dones sensibles es como Él prepara ese gran don, el más precioso y el más amplio de todos, puesto que los encierra a todos. Las almas que alguna vez se sometieron totalmente a su acción deben siempre interpretarlo todo favorablemente: sí, todo, así fuese la pérdida de los más excelentes directores, o bien la desconfianza que sentirían, aun a pesar suyo, por aquellos directores que se ofrecen sin que uno los busque. Pues, en general, esa clase de guías, que corren por propia cuenta tras las almas, merecen un poco que se desconfíe de ellos. Aquellos que están verdaderamente animados del espíritu de Dios no suelen mostrar, de ordinario, tanto empeño y suficiencia; se llaman menos de lo que se les llama, y aun cuando se les llama acuden siempre con una cierta desconfianza.

Que el alma que se ha entregado totalmente a Dios atraviese sin temor todas estas pruebas; que no se deje arrebatar su libertad. Con tal que sea fiel a la acción divina, esta acción todopoderosa sabrá hacer maravillas en ella, a pesar de todos los obstáculos. Dios y el alma hacen una obra en común, cuyo éxito, aunque depende enteramente de la acción del artífice divino, sólo puede verse comprometido por la infidelidad del alma.

Cuando el alma anda bien, todo va bien; pues lo que toca a Dios, vale decir su parte y su acción, es

por así decirlo la contrapartida de la fidelidad del alma. Es el lado derecho de la obra, que se va haciendo poco a poco con esas magníficas tapicerías que se trabajan punto por punto y por el revés. El obrero que trabaja en ellas no ve más que su punto y su aguja; y todos esos puntos anudados uno tras otro forman figuras magníficas, que sólo aparecen cuando, una vez concluídas todas las partes, se expone a la vista el lado derecho del tapiz; pero mientras duró el trabajo, toda esa belleza y esa maravilla permanecieron en la oscuridad.

Lo mismo ocurre con el alma que verdaderamente se abandona; sólo ve a Dios y su deber. El cumplimiento de este deber no es, en cada momento, sino como un punto imperceptible añadido a la obra; y sin embargo es con estos puntos como Dios realiza maravillas, de las que a veces se tiene algún presentimiento en el tiempo, pero que sólo serán bien conocidos en el pleno día y la plena luz de la eternidad.

¡Cuán llena de bondad y de sabiduría es la conducta de Dios! Ha reservado de tal manera a su sola gracia y a su sola acción todo lo que de sublime, de elevado, de grande y de admirable hay en la perfección y en la santidad, y de tal manera ha dejado a nuestras almas, ayudadas por el auxilio de la gracia, aquello que es pequeño, claro, fácil, que no hay nadie en el mundo a quien no le sea fácil llegar a la más eminente perfección, cumpliendo amorosamente los deberes más comunes y oscuros.

Capítulo V

Dios defiende con tanto mayor poder al alma que se abandona a Él, cuanto menos capaz ella es de defenderse por sí misma

El constante e infalible movimiento de la acción divina orienta siempre al alma sencilla, y ésta corresponde en todo muy juiciosamente a su íntima dirección. Quiere siempre todo lo que sucede, en ella y fuera de ella, todo lo que ella siente, menos el pecado. Algunas veces esto se da con conocimiento, y otras sin él, siendo movida el alma por instintos que ella no discierne a decir, a hacer, a dejar tales o cuales cosas, sin tener otras razones más claras para ello.

A menudo la ocasión y la razón que la determinan no son sino de un orden natural; el alma sencilla no ve ahí ningún misterio: se trata de un puro azar, una necesidad, una conveniencia; nada importante a sus ojos, ni a los de los demás. Y sin embargo la divina acción, que es la inteligencia, la sabiduría y el consejo de sus amigos, se sirve en favor de ellos de todas estas cosas tan simples. Se las apropia, y las opone tan industriosamente a todos aquellos que hacen proyectos para perjudicarla, que es imposible que éstos logren lo que se proponían.

La acción divina libera al alma, y la exime de todos esos medios bajos e inquietos tan necesarios a la prudencia humana. Tales medios son buenos para Heródes y para los fariseos, pero los Magos no tienen

más que seguir en paz su estrella; al Niño le basta con reposar en los brazos de su madre, y sus enemigos, más que perjudicarlo, no hacen otra cosa que llevar adelante su misión; cuanto más traten de atravesarse en su camino y de sorprenderlo, más tranquilo y libremente se moverá. No los tomará en cuenta; no tratará bajamente de halagarlos para desviar sus golpes, sus celos, sus desconfianzas; sus persecuciones le son necesarias; Jesucristo vivía así en Judea, y sigue viviendo de la misma manera en las almas sencillas; Él es generoso, manso, libre, poderoso, sin temor, no necesita de nadie, viendo a todas las criaturas en las manos de su Padre, dispuestas a servirlo, las unas mediante sus pasiones criminales, las otras por sus santas acciones, éstas por sus contradicciones, aquéllas por su obediencia y sumisión. La acción divina ajusta maravillosamente todo eso: nada falta, nada está de más; hay lo que es preciso de bien y de mal.

El designio de Dios aplica a cada momento el instrumento que le es adecuado; y el alma sencilla, elevada por la fe, encuentra todo bien y no quiere ni más ni menos que lo que tiene. Bendice en todo tiempo esta mano divina que sabe proporcionarle tan oportunamente los medios necesarios y librarla de los obstáculos; recibe con la misma mansedumbre a los amigos y a los enemigos, pues ésta es la manera que Jesús tiene de tratar a todo el mundo como instrumento divino. No se tiene necesidad de nadie, y sin embargo se los necesita a todos; la acción divina lo

hace todo necesario, y hay que recibirlo todo de su parte, tomando cada cosa según su calidad y naturaleza, y correspondiendo a ella con mansedumbre y humildad, tratando a los sencillos con sencillez y a los groseros con bondad. Esto es lo que enseñaba San Pablo y lo que Jesucristo practicaba mejor aún.

Sólo a la gracia pertenece imprimir ese aire sobrenatural, que se adapta y particulariza tan maravillosamente a la naturaleza de cada persona. Eso no se aprende en los libros, sino que es un verdadero espíritu profético y el efecto de una íntima revelación; es una doctrina del Espíritu Santo, y para concebirla hay que estar en el extremo abandono, en el desapego más perfecto de toda voluntad personal, de todo interés, por más santo que sea. Es preciso no tener en vista otra cosa que lo único que importa en el mundo a saber: someterse pasivamente a la acción divina, para entregarse a lo que concierne a las obligaciones del propio estado, dejando obrar al Espíritu Santo en su interior, sin mirar lo que hace, e incluso contento de no conocerlo. Es entonces cuando se está seguro, pues todo lo que ocurre en el mundo no es sino para bien de las almas perfectamente sometidas a la voluntad de Dios.

Capítulo VI

El alma que se abandona a Dios, en lugar de resistir a sus enemigos, encuentra en ellos útiles auxiliares

Temo más a mi propia acción y a la de mis amigos, que a la de mis enemigos. No hay prudencia que se iguale a aquélla de no resistir a los propios enemigos, y no oponerles otra cosa que un simple abandono: esto es tener el viento en popa, sólo hace falta mantenerse en paz. Nuestros enemigos son galeotes, que nos llevan hacia el puerto a todo remo. No hay cosa mejor para oponer a la prudencia de la carne que la simplicidad; ella elude admirablemente todas sus argucias, aun sin conocerlas y sin pensar siquiera en ellas.

Tratar con un alma sencilla es en cierta manera tratar con Dios. ¿Qué medida hemos de tomar contra el Todopoderoso, cuyos caminos son inescrutables? Dios toma en sus manos la causa del alma sencilla; no hace falta que ella estudie vuestras intrigas, ni que oponga inquietud a inquietud, espiando cuidadosamente todas vuestras actitudes; su Esposo la libera de todos estos cuidados; ella os lo pone por delante y reposa en Él, llena de paz y seguridad. La acción divina la inspira y le hace tomar medidas tan justas que sorprende ella a los que la quieren sorprender. Saca provecho de todos los esfuerzos de ellos por dañarla; se eleva por aquello mismo con que quieren

rebajarla. Todas las contrariedades resultan ser para su bien; y al dejar hacer a sus enemigos ella saca de esto un provecho tan continuo y tan amplio, que lo único que debe temer es interferir con su propia acción y pretender trabajar en una obra en la que Dios solo quiere ser principio, cuyos instrumentos son los propios enemigos, mientras ella no tiene otra cosa que hacer que contemplar en paz lo que Dios hace, y seguir con sencillez los atractivos que Él le da. La prudencia sobrenatural del Espíritu divino, principio de estos atractivos, alcanza de manera infalible el centro y las circunstancias íntimas de cada cosa, y aplica allí al alma, sin que ella lo sepa, con tanto acierto, que todo lo que se le opone no deja jamás de ser destruído.

Capítulo VII

El alma que se abandona a Dios puede abstenerse de hacer o decir nada para su justificación: la acción divina la justifica

El fundamento amplio y sólido, la piedra firme sobre la cual reposa el alma que verdaderamente se ha abandonado, y donde se halla al abrigo de fluctuaciones y tempestades, en esa disposición de la bondad divina que se presenta, sin cesar, bajo el velo

de las cruces y de las acciones más ordinarias. Es en estas sombras donde Dios esconde su mano, para sostener y llevar a quienes se abandonan a Él. Desde el momento en que el alma se ha establecido firmemente en este perfecto abandono, héla ahí a cubierto de la contradicción de las lenguas; pues ella no tiene ya nada que decir ni que hacer para defenderse. Puesto que la obra es de Dios, no hace falta buscar en otra parte la justificación. Sus efectos y sus consecuencias la justifican bastante. No hay sino que dejarla desarrollarse. *Dios diei eructat verbum*: un día trasmite al otro sus palabras (Sal . 48,3). Cuando uno ya no se guía por sus ideas, tampoco hace ya falta defenderse con palabras. Nuestras palabras no pueden expresar otra cosa que nuestras ideas; donde no se supone que haya ideas, no hacen falta palabras. ¿Para qué habrían de servir? ¿Para dar razón de lo que se hace? Pero esa razón se la ignora; está oculta en el principio que ha movido a obrar, y del cual sólo se ha sentido la impresión, de una manera inefable.

Preciso es pues dejar a las consecuencias el cuidado de reivindicar sus principios. Todo se sostiene mutuamente, en este ordenamiento divino, todo en él es firme y sólido, y la razón de lo que precede está presente por efecto en lo que sigue. No se trata ya de una vida de pensamientos, de imaginaciones, de palabras múltiples; no es ya más todo eso lo que ocupa el alma, lo que la nutre y la sustenta, lo que la hace obrar y la mantiene. Ya no ve por dónde va, ni tampoco prevé por dónde irá; ya no se ayuda con refle-

xiones para animarse a soportar la fatiga, ni para resistir las incomodidades del camino; todo ocurre dentro del más íntimo sentimiento de su debilidad. El camino se abre ante sus pasos, y ella se interna por él y marcha sin vacilar; pura, sencilla y verdadera, camina en la línea recta de los mandamientos de Dios, suavemente apoyada en Dios mismo, que ella encuentra son cesar en todos los puntos de esta línea. Y ese Dios, que es lo único que ella busca, se encarga Él mismo de manifestar su presencia de manera tal que la venga de sus injustos detractores.

Capítulo VIII

Dios vivifica al alma que se abandona a Él, por aquellos mismos medios que parecieron deber darle la muerte

Hay un tiempo en el que Dios quiere ser para el alma su vida, y llevarla Él mismo a su perfección de una manera secreta y desconocida; entonces todas las ideas propias, las luces, las industrias, las búsquedas, los razonamientos son una especie de ilusión. Y cuando el alma, después de muchas experiencias de los tristes resultados a los que la ha conducido el querer ser dueña de sí misma, reconoce por fin su inutilidad, entonces descubre que Dios ha escondido y

embarullado todos los canales, para hacerle encontrar la vida en Él mismo. En ese momento, convencida de su nada, y de que todo lo que ella puede extraer de sí misma le es perjudicial, el alma se abandona a Dios para no poseer sino a Él. Dios se convierte entonces para ella en fuente de vida, y esto no por idea, por luces o por reflexión (todo eso ya no es en ella sino una fuente de ilusión); es Dios fuente de vida por la realidad de sus gracias, ocultas bajo las apariencias más extrañas. El alma no conoce la operación divina, pero recibe su virtud, su sustancia, a través de mil clases decircunstancias en las que ella cree ver su ruina. No hay remedio para esta oscuridad; hay que dejarse encerrar en ella. Allí se nos entrega Dios y con Él nos da todas las cosas, en oscuridad de fe; el alma ya no es sino un sujeto ciego; o bien, si se quiere, es semejante a un enfermo que ignora la virtud de los remedios que toma, y sólo percibe su amargor; a menudo se imagina que van a causarle la muerte; las crisis y las debilidades que de tomarlos se siguen parecen justificar sus temores; sin embargo es bajo esta apariencia de muerte como habrá de recibir la salud, y los toma haciendo fe a la palabra del médico que se los presenta.

Así también, las almas abandonadas no se preocupan en manera alguna de sus debilidades, excepto de aquellas enfermedades evidentes que, por su naturaleza, obligan a guardar cama y a tomar los medicamentos convenientes. Las languideces y las impotencias de las almas que se han abandonado a Dios no

son más que ilusiones y apariencias, que ellas deben enfrentar con confianza. Dios las envía y las permite para ejercitar su fe y su abandono, que es el verdadero remedio para ellas. Sin siquiera prestarles atención, deben proseguir generosamente su camino, a través de las acciones y los sufrimientos que forman parte del designio divino, sirviéndose sin vacilar de su cuerpo como si fuera un caballo alquilado, al que se lo hace servir sin miramientos. Esto es mucho mejor que todas las delicadezas, que quitan vigor al espíritu. Esta fuerza del espíritu tiene no sé qué virtud para sostener un cuerpo débil, y un año de esta vida noble y generosa vale más que un siglo de cuidados y temores.

Hay que tratar de tener habitualmente un aspecto y una actitud que trasunten gracia y buena voluntad. Pues ¿qué podemos temer del arbitrio divino? Conducidos, sostenidos y protegidos por él, sus hijos no deben mostrar en todo su exterior otros rasgos que los del heroísmo. Los objetos aterradores que arroja a su paso no son nada. Sólo han sido convocados para que embellezcan su vida, a través de acciones más gloriosas. La disposición divina pone a estas almas en dificultades de toda especie, en las que la prudencia humana, que no ve ni imagina salida alguna, siente toda su debilidad, y se encuentra corta y confundida. Es ahí donde la providencia divina aparece entodo su esplendor, mostrando lo que ella es para quienes se le han entregado totalmente. Ella los libera más maravillosamente que como los autores de las

novelas de caballería, ayudados por la fecundidad de su imaginación, desbaratan las intrigas y los peligros de sus héroes imaginarios, que siempre llegan ilesos al final feliz de sus historias. Ella los conduce, con una industria mucho más admirable, y más felizmente, a través de las muertes, de los peligros y de los monstruos, de los infiernos, de los demonios y de sus acechanzas. Ella eleva estas almas hasta el cielo, y hace de ellas el sujeto real de esas historias místicas más bellas y más curiosas que todas aquellas inventadas por la imaginación vana de los hombres.

Vamos pues, alma mía, a través de los peligros y de los monstruos, conducida, dirigida y sostenida por esta mano segura, invisible, omnipotente e infalible de la divina Providencia. Vayamos sin temor hacia nuestra meta, en paz y en alegría; hagamos de todo lo que se nos presenta la materia de nuestras victorias. Pues para combatir y para vencer marchamos bajo sus banderas. *Exivit vincens ut vinceret.* Partió vencedor para vencer. Cuantos pasos demos bajo sus auspicios serán otros tantos triunfos, alma mía. El Espíritu de Dios tiene la pluma en la mano, y he ahí el libro abierto para continuar la historia sagrada que aún no está acabada, y cuya materia no se agotará sino al fin del mundo. Esta historia no es sino el relato de la conducción y de los designios de Dios sobre los hombres; sólo de nosotros depende el figurar en esa historia, y continuar su trama por la unión de nuestros sufrimientos y de nuestras acciones a su designio conductor. No, mil veces no; todo lo que se

presenta ante nosotros, ya sea para hacerlo para padecer, no es para perdernos; no se nos lo ofrece sino para proporcionarnos la materia de esa Escritura santa que crece día por día.

Capítulo IX

El amor lo es todo para las almas que caminan en esta vía

Al despojar de todo a las almas que se entregan totalmente a Él, Dios les da algo que lo suple todo y que es para ellas luz, sabiduría, vida y fuerza: se trata de su amor. El amor divino es en estas almas como un instinto sobrenatural. Cada cosa en la naturaleza tiene aquello que conviene a su especie; cada flor tiene su atractivo, cada animal su instinto, y cada criatura su perfección. Así también, en los diversos estados de la gracia, cada uno de ellos tiene su gracia que le es propia, y hay una recompensa para cada uno de aquellos cuya buena voluntad se adapta totalmente al estado en que la Providencia lo ha puesto.

Un alma cae bajo la acción divina desde que la buena voluntad se ha formado en su corazón; y esta acción tiene mayor o menor influencia sobre ella según el grado en que ella se abandone. El arte del abandono no es sino el de amar. El amor divino lo

concede todo a quien no le niega nada. Y como él inspira todos los deseos de un alma que no vive sino de él, no podría negarse a cumplirlos, ¿o acaso el amor puede no querer lo que él quiere?

La acción divina sólo tiene en cuenta la buena voluntad; no es la capacidad de las demás facultades lo que la atrae, ni su incapacidad lo que la aleja. Si encuentra un corazón bueno, puro, recto, sencillo, sumiso, filial y respetuoso, no le hace falta más: se apodera de ese corazón, toma posesión de todas sus facultades, y dispone tan bien todas las cosas, para su mayor bien, que ese corazón encontrará, en todas las cosas, ocasiones de santificarse. Si aquello mismo que es para otras almas motivo de muerte entrase en ésta, el contraveneno de su buena voluntad no dejaría de neutralizar sus efectos. Así llegase hasta el borde del precipicio, la acción divina la alejaría de él; o bien, en tanto que la dejaría allí, impediría su caída; y aun si cayese, la sacaría del abismo. Después de todo, las faltas de estas almas no son sino faltas por fragilidad y muy poco advertidas; el amor sabe siempre tornarlas en provecho de ellas. Mediante insinuaciones secretas, les hace entender lo que tienen que decir o hacer según las circunstancias.

Ellas reciben en sí mismas como luces de la inteligencia divina: *Intellectus bonus omnibus facientibus eum.* Pues esta divina inteligencia las acompaña en todas sus empresas, y las saca de todos los malos pasos en los que su simplicidad las pone. Si dan pasos que las llevarían a algún compromiso perjudi-

cial, la Providencia les combina felices encuentros que reparan todo. En vano se tejen y se multiplican contra ellas las intrigas: esa Providencia rompe todos sus nudos, confunde a sus autores y derrama sobre ellos un espíritu de vértigo que les hace caer en sus propios lazos. Bajo su guía, las almas a las que se quería sorprender hacen, sin que ellas mismas se lo propongan, determinadas cosas en apariencia muy inútiles, pero que luego sirven para liberarlas de todas las molestias en las que se habían visto enredadas por su rectitud y por la malicia de sus enemigos.

¡Oh, no hay mejor política que esta buena voluntad! ¡cuánta prudencia hay en su sencillez, cuánta habilidad en su inocencia y su franqueza, cuántos misterios y secretos en su rectitud! Mirad al joven Tobías: no es más que un muchacho, pero Rafael está a su lado, y con tal guía él marcha seguro; nada lo aterra, nada le falta. Son los mismos monstruos que encuentra los que le proveen de víveres y de remedios; el que se lanza sobre él para devorarlo acaba siendo su alimento; no se ocupa sino en bodas y festines, pues tal es, en el orden de la Providencia, su objetivo en ese momento. No porque él no tenga otros asuntos, sino porque éstos quedan remitidos a esa inteligencia encargada de asistirlo en todo, y resultan tan bien hechos como jamás lo hubiera logrado por sí mismo, pues todo son bendiciones y prosperidades. Sin embargo su madre llora, y está sumida en la más viva amargura, pero el padre está lleno de fe. El joven, objeto de tan amargos lamentos,

regresa feliz y, con toda su familia, entran en el gozo.

El divino amor es pues, para las almas que se entregan plenamente a él, el principio de todos los bienes. Y para adquirir este bien inestimable, sólo basta con quererlo.

Sí, queridas almas, Dios no pide sino vuestro corazón; si buscáis ese tesoro, ese reino donde reina Dios solo, lo encontraréis. Vuestro corazón, si está entregado totalmente a Dios, es ya ese tesoro, ese mismo reino que deseáis y que buscáis. Desde que se quiere a Dios y a su voluntad, ya se goza de Él, y este gozo está en proporción con los deseos que de Él se tienen. Amar a Dios, es desear sinceramente amarlo; y porque se lo ama, quiere uno ser instrumento de su acción para que su amor pueda ejercitarse en nosotros y por nosotros.

No es a la habilidad del alma sencilla y santa a lo que corresponde la acción divina; ella responde a la pureza de intención, y no a los pasos que se dan, a los proyectos que se forjan, a la manera como uno se dispone ni a los medios que elige. El alma puede engañarse en todo eso; incluso no es raro que ello le ocurra; pero su rectitud y su buena intención no la engañan jamás. Con tal que Dios vea en ella esa buena disposición, la dispensa de todo lo demás y da por hecho lo que ella seguramente haría si criterios más seguros secundaran su buena voluntad.

La buena voluntad no tiene pues nada que temer; si cae, no puede caer sino bajo esa mano omnipotente, que la guía y la sostiene entodos sus extravíos. Es

esta mano divina la que la acerca a la meta cuando ella se aleja; la que la vuelve a poner en ruta cuando ella se desvía; en ella encuentra el alma su recurso en los desvíos a que la arroja el esfuerzo de las facultades ciegas que la extravían; ella le hace sentir cuánto debe despreciarlas, para no contar sino con ella y abandonarse totalmente a su conducción infalible. Los errores en que caen estas almas buenas se terminan pues con el abandono, y jamás un buen corazón puede encontrarse desamparado, pues es un dogma de fe que *todo coopera a su bien.*

Capítulo X

El alma que se abandona a Dios encuentra más luz y fuerza en su sumisión a la voluntad divina que la que poseen todos los orgullosos que la resisten

¿De qué sirven las luces más sublimes, las revelaciones divinas, cuando no se ama la voluntad de Dios? Por ahí es por donde se perdió Lucifer; la decisión de la acción divina que Dios le revelaba al descubrirle el misterio de la Encarnación, no le causó otra cosa que envidia; por el contrario, un alma sencilla e iluminada por las solas luces de la fe no puede

dejar de admirar, de alabar, de amar el orden de Dios; de encontrarlo no solamente en las criaturas santas, sino aun en la confusión y en el desorden de los más desordenados. Un alma santa se halla más iluminada por un solo rayo de pura fe, que lo que lo estuvo Lucifer por las luces tan elevadas de su inteligencia.

La ciencia del alma que es fiel a sus obligaciones, que está tranquilamente sometida a las íntimas órdenes de la gracia, mansa y humilde con todos, vale mucho más que la más profunda penetración de los misterios. Si supiéramos ver la acción divina en todo ese orgullo y esa dureza de la acción de las criaturas, siempre la recibiríamos con mansedumbre y respeto. Sus desórdenes no nos harían abandonar el orden, por violentos que fuesen. Hay que ver en ellas la acción divina que ellas contienen y comunican, cuando se es fiel a la práctica de la mansedumbre y la humildad. No hay que ponerse a considerar el camino que llevan, sino proseguir siempre firmes por el propio camino; y es así como, plegándose suavemente, arranca uno los cedros y derriba los peñascos.

¿Qué cosa hay en el mundo que pueda resistir a la fuerza de un alma fiel, mansa y humilde? Si queremos vencer infaliblemente a todos nuestros adversarios, no hay que oponerles otras armas que éstas. Jesucristo nos las ha puesto entre las manos para defendernos; nada hay que temer cuando sabemos servirnos de ellas. No hay que ser cobarde sino generoso, como conviene a instrumentos divinos. Todo lo que Dios hace es sublime y maravilloso; y jamás la

acción propia, que hace la guerra a Dios, podrá resistir a aquel que está unido a la acción divina por la mansedumbre y la humildad.

¿Qué es Lucifer? Es un bellísimo espíritu, y el más ilustrado de todos los bellos espíritus, pero un brillante espíritu descontento de Dios y de su orden. El misterio de la iniquidad no es sino la extensión de este descontento que se manifiesta de todas las maneras posibles. Lucifer, en tanto de él depende, no quisiera dejar nada tal como Dios lo ha hecho y ordenado. Por todas partes donde él penetra, hallaréis siempre desfigurada la obra de Dios. Cuanto más luces, ciencia y capacidad tiene una persona, más es de temer, si no tiene el fundamento de la piedad, que consiste en estar contento de Dios y de su voluntad. Por el corazón ordenado es como uno se une a la acción divina; sin él, todo no es más que pura naturaleza, y de ordinario pura oposición al designio de Dios. Este operario omnipotente no reconoce como instrumentos suyos sino a los humildes; y a los soberbios que lo contradicen los condena a servir a pesar suyo, como viles esclavos, para el cumplimiento de sus designios. Cuando veo un alma que hace de Dios su todo, y de la sumisión a sus designios, por más desprovista que esté de cualquier otra cosa, me digo: He ahí un alma que tiene grandes talentos para servir a Dios. La Santísima Virgen y San José no aparecían de otra manera. Todo lo demás, sin esto, me da miedo; y temo ver allí la acción de Lucifer; me pongo en guardia, y me afirmo en mi fundamento de simplicidad, para

oponerlo a todo ese brillo sensible que, por sí mismo, no es para mí sino un frágil cristal.

Capítulo XI

El alma que se abandona a Dios sabe verlo aun el el soberbio que lucha contra su acción. Todas las criaturas, buenas o malas, se lo revelan

El orden querido por Dios resume toda la práctica del alma sencilla. Ella lo respeta en todas las actividades irregulares que el soberbio realiza para turbarla. Ese soberbio desprecia a un alma a cuyos ojos él es nada, pues ella no ve sino a Dios en él y en todas sus acciones. A menudo el soberbio piensa que la modestia de esa alma es una prueba de que ella lo valora, cuando en realidad sólo es la señal de ese temor amoroso que ella tiene de Dios y de su voluntad, que se le hace presente en el soberbio. No, pobre insensato, el alma sencilla no te teme. Tú le das lástima; es a Dios a quien ella responde cuando tú piensas que te habla; es con Él con quien cree tratar, y no te mira sino como a uno de sus esclavos, o mejor aun como una sombra bajo la cual Dios se disfraza. Así, cuanto más alzas tú el tono, más lo baja ella; y cuando crees sorprenderla, ella es la que te sorprende. Tus astucias, tus violencias, no son para ella sino favores

de la divina Providencia. El soberbio es también un enigma que el alma simple e iluminada por la fe explica muy inteligiblemente.

Este descubrimiento de la acción divina en todo lo que ocurre a cada momento, en nosotros y fuera de nosotros, constituye la verdadera ciencia de las cosas, es una revelación continua de la verdad; es un intercambio con Dios que se renueva a cada instante; es el goce del Esposo, no a ocultas, a hurtadillas, en la bodega, en la viña, sino al descubierto y en público, sin temor a ninguna criatura. Es un fondo de paz, de alegría, de amor y de contento en Dios, visto o más bien creído como viviente y obrando siempre lo más perfecto, en todo lo que se presenta. Es el paraíso eterno que no es, a la verdad, actualmente conocido y gustado sino en cosas uniformes y cubiertas de tinieblas; pero el Espíritu de Dios, que en esta vida dispone y combina, por las continua y fecunda presencia de su acción, todas las piezas del mosaico que la constituye, dirá en el día de la muerte: *Hágase la luz,* y entonces se verán los tesoros que encerraba la fe en ese abismo de paz, y de contento en Dios, que está escondido en cada momento, en cada acción y en cada sufrimiento.

Cuando Dios se entrega así, todo lo común se vuelve extraordinario; y es por eso que nada lo perece; es este camino mismo el que es extraordinario, por lo cual no es necesario adornarlo con maravillas que en manera alguna le son propias. Es casi un milagro, una revelación, un gozo continuo, con pequeños

altibajos; pero en sí mismo, su característica propia es precisamente no tener nada de sensible o de maravilloso, sino hacer maravillosas a todas las cosas comunes y sensibles.

Capítulo XII

Dios asegura a las almas que le son fieles una gloriosa victoria sobre las potencias del mundo y del infierno

Si la acción divina se oculta aquí abajo tras las apariencias de la debilidad, ello es para aumentar el mérito de las almas que le son fieles; pero no por eso está menos asegurado su triunfo. La historia del mundo no es sino la historia de la batalla que las potencias del mundo y del infierno presentan, desde el comienzo, a las almas humildemente entregadas a la acción divina. En esta lucha, todas las ventajas parecen estar del lado del orgullo, y sin embargo es la humildad la que siempre sale victoriosa.

La figura del mundo nos es presentada bajo la imagen de una estatua de oro, de bronce, de hierro, de tierra. Este misterio de iniquiedad, mostrado en sueños a Nabucodonosor, no es sino la reunión confusa de todas las acciones interiores y exteriores de los hijos de las tinieblas. Estos están también figura-

dos por la bestia salida del abismo, desde el comienzo de los siglos, para hacerle la guerra al hombre interior y espiritual; todo lo que sigue haciendo aun hoy no es sino la continuación de esa guerra. Los monstruos se suceden los unos a los otros; el abismo los devora y vuelve a vomitarlos; incesantemente envía nuevos vapores. El combate comenzado en el cielo entre Lucifer y el arcángel Miguel dura todavía. El corazón de este ángel soberbio y envidioso se ha convertido en un abismo inagotable de toda clase de males. Lucifer ha rebelado a los ángeles contra los ángeles en el cielo, y todo su afán, desde la creación del mundo, es el de suscitar siempre entre los hombres nuevos condenados que ocupen el lugar de aquellos que tragó el abismo. Lucifer es el jefe de aquellos que no quieren obedecer al Todopoderoso; este misterio de iniquidad no es sino la inversión del orden de Dios. Es el orden -o mejor, el desorden- del diablo. Este desorden es un misterio, pues esconde bajo hermosas apariencias males irremediablese infinitos. Todos esos impíos que, desde Caín hasta los que actualmente cuasan desolación en el universo, han declarado la guerra a Dios, han sido en apariencia grandes y poderosos príncipes, que han causado gran ruido en el mundo y que los hombres han adorado. Pero esta apariencia pomposa no es sino un misterio; no son sino bestias, que unas tras otras han subido del abismo para voltear el orden de Dios; pero este orden, que es otro gran misterio, siempre les ha opuesto hombres verdaderamente grandes y podero-

sos, que han asestado a estos monstruos el golpe mortal; y a medida que el infierno ha ido vomitando monstruos, el cielo ha hecho nacer también héroes que los han combatido. La historia antigua, tanto la sagrada como la profana, no es sino la historia de esta guerra. El orden de Dios siempre ha quedado victorioso; los que se pusieron de su lado triunfaron con Él y son felices por toda una eternidad; y la injusticia jamás ha podido proteger a los desertores; no les ha pagado sino con la muerte, y una muerte eterna.

Siempre cree alguno ser invencible cuando está dominado por la impiedad. ¡Oh, Dios! ¿quién podrá resistiros? Aun cuando una sola alma tuviera contra ella al infierno y al mundo enteros, no podría temer, si ha tomado el partido del abandono al designio de Dios. Esa apariencia monstruosa de la impiedad armada de tanto poder, esa cabeza de oro, ese cuerpo de plata, de bronce, de hierro, todo eso no es más que un fantasma de polvo brillante. Basta una piedrecilla para convertirlo en juguete de los vientos.

¡Qué admirable es el Espíritu Santo para representar todos los siglos! Tantas revoluciones que sorprenden tanto a los hombres; los héroes que vienen con tanto esplendor y son como otros tantos astros que giran por encima de los astros; tantos acontecimientos extraordinarios; todo eso no es más que un sueño, que escapa a la memoria de Nabucodonosor cuando despierta, por más terribles que hayan sido las impresiones causadas en su ánimo.

Todos esos monstruos no vienen al mundo sino

para ejercitar el valor de los hijos de Dios; y cuando éstos se hallan suficientemente instruídos, Dios les da el placer de matar al mosntruo, y Dios convoca nuevos atletas al campo de batalla; y esta vida no es sino un espectáculo continuado que hace la alegría del cielo, el ejercicio de los santos en la tierra, y la confusión del infierno.

Así todo lo que se opone al orden de Dios no sirve sino para hacerlo más adorable. Todos los servidores de la iniquidad son los esclavos de la justicia, y la acción divina edifica la Jerusalén celestial con las ruinas de Babilonia.

ACTO DE ABANDONO

de San José Pignatelli, S.J.

¡Oh, Dios mío!, no sé lo que debe ocurrirme hoy; lo ignoro completamente; pero sé con total certeza que nada podrá ocurrirme que Tú no lo hayas previsto, regulado y ordenado desde toda la eternidad, y esto me basta. Adoro tus designios impenetrables y eternos, y me someto a ellos de todo corazón. Todo lo quiero, todo lo acepto, y uno mi sacrificio al de Jesucristo, mi divino Salvador. En su nombre y por sus méritos infinitos te pido la paciencia en mis penas, y una sumisión perfecta y entera a todo lo que me suceda, según tu beneplácito. Amén.

INDICE

Libro Primero
NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA VIRTUD DE ABANDONO

Presentación.. 5
Capítulo I - La fidelidad al orden de Dios ha hecho toda la santidad de los justos de la Antigua Ley, de San José y aun de la misma María.. 15
Capítulo II - Los deberes de cada momento son las sombras bajo las cuales se oculta la acción divina.. 17
Capítulo III - Cuánto más fácil se nos haría la santidad si la encaráramos desde ese punto de vista..............------------------------------------. 19
Capítulo IV - La perfección no consiste en conocer el orden de Dios, sino en someterse a él.. 24
Capítulo V - Las lecturas y los demás ejercicios sólo nos santifican en tanto son para nosotros los canales de la acción de Dios 25
Capítulo VI - La inteligencia y los demás medios humanos sólo son útiles en la medida en que sirven de instrumento a la acción divina...... 29

Capítulo VII - No hay paz estable sino en la sumisión a la acción divina................................ 32
Capítulo VIII - La perfección de las almas y la excelencia de los diversos estados se miden según la fidelidad al designio de Dios............... 34
Capítulo IX - Todas las riquezas de la gracia son el fruto de la pureza de corazón y del perfecto abandono... 40

Libro Segundo
DE LA ACCION DIVINA Y DE LA MANERA COMO ELLA TRABAJA SIN DESCANSO POR LA SANTIFICACION DE LAS ALMAS

Capítulo I - La acción divina está presente siempre y en todas partes, aunque no sea visible sino a los ojos de la fe.. 45
Capítulo II - La acción divina es tanto más visible al ojo de la fe, cuanto más ella se esconde bajo las apariencias repugnantes.................... 49
Capítulo III - La acción divina nos ofrece a cada instante bienes infinitos, y nos los da en la medida de nuestra fe y de nuestro amor.......... 53
Capítulo IV - Dios se nos revela en los acontecimientos más comunes de una manera tan misteriosa, pero asimismo tan real y tan adorable, como en los grandes acontecimientos de la historia y en las Sagradas Escrituras................ 55

Capítulo V - La acción divina continúa en los corazones la revelación comenzada en las Santas Escrituras, pero los caracteres de que se sirven para escribirla sólo serán visibles en el día del Juicio 58
Capítulo VI - El amor divino se da a nosotros a través de todas las criaturas, que nos lo comunican velándolo, a la manera de las especies eucarísticas 62
Capítulo VII - La acción divina es tan indignamente tratada por muchos cristianos, en esta manifestación de cada día, como Jesús lo fue por los judíos en su carne 64
Capítulo VIII - La revelación del momento presente nos es más útil, porque se dirige directamente a nosotros 67
Capítulo IX - La revelación del momento presente es una fuente de santidad que mana constantemente 68
Capítulo X - El momento presente es la manifestación del nombre de Dios y el advenimiento de su reino 70
Capítulo XI - La acción divina lleva a todas las almas a la santidad más eminente; para santificarse, basta con abandonarse a ella 74
Capítulo XII - La acción divina es la única que puede santificarnos, porque ella se regula conforme al ejemplar divino de nuestra perfección 80

Libro Tercero
DE LA ASISTENCIA PATERNAL CON QUE DIOS RODEA A LAS ALMAS QUE SE ABANDONAN A EL ENTERAMENTE

Capítulo I - Dios se hace el guía de las almas que se abandonan enteramente a Él.................... 83

Capítulo II - Dios conduce tanto más seguramente al alma que se abandona a Él, cuanto más parece cegarla.. 88

Capítulo III - Las desolaciones que Dios hace experimentar a esta alma no son sino amorosos artificios de los que ella se alegrará un día......... 91

Capítulo IV - Dios da con tanta mayor generosidad al alma que se abandona a Él, cuanto más parece despojarla.. 95

Capítulo V - Dios defiende con tanto mayor poder al alma que se abandona a Él, cuanto más parece despojarla.. 98

Capítulo VI - El alma que se abandona a Dios, en lugar de resistir a sus enemigos, encuentra en ellos útiles auxiliares.. 101

Capítulo VII - El alma que se abandona a Dios puede abstenerse de hacer o decir nada para su justificación: la acción divina la justifica........... 102

Capítulo VIII - Dios vivifica el alma que se abandona a Él, por aquellos mismos medios que parecieron deber darle la muerte....................... 104

Capítulo IX - El amor lo es todo para las almas que caminan en esta vía......................... 108

Capítulo X - El alma que se abandona a Dios encuentra más luz y fuerza en su sumisión a la voluntad divina, que la que poseen todos los orgullosos que le resisten.................................. 112
Capítulo XI - El alma que se abandona a Dios sabe verlo aun en el soberbio que lucha contra su acción. Todas las criaturas, buenas o malas, se lo revelan.. 115
Capítulo XII - Dios asegura a las almas que le son fieles una gloriosa victoria sobre las potencias del mundo y del infierno............................ 117